

La tiranía del pluralismo

JULIÁN FERREYRA

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS -
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)

La tiranía y la opresión *deben* provenir de un poder central y sus leyes. La libertad y la emancipación, por su parte, es asunto de los individuos. Éstos son los dos axiomas del sentido común que Jorge Dotti demuele, para afirmar justamente lo contrario: la tiranía contemporánea proviene de los individuos, de la “absurdidad histórica, antropológica, psicosocial, sociológica, y filosófica –salvo para los seguidores de la metafísica liberal– de las *robinsonadas*”.¹ Al mismo tiempo, la libertad sólo es posible bajo la contención de las leyes de un poder central –soberano y legitimado de manera trascendente–. Las atrocidades totalitarias no son consecuencia de llevar al extremo (irracional) la lógica soberana, sino de la lógica liberal-capitalista (donde no existe una instancia soberana que regule las tensiones de las corporaciones y las facciones económicas).

¿Cómo ejerce su tiranía el liberalismo? A través de un doble juego: por un lado, el recurso a un universal vacío (llamado “valor”) que *nadie* puede poner en duda; por otro lado, la imposición por la fuerza de una particularidad. “Estas nociones generales están a disposición de la subjetividad individualista, que las plenifica con los contenidos concretos que le va indicando su conveniencia”.² El universal *vacío* es llenado en forma arbitraria por la perspectiva que logra imponerse. Esta perspectiva *encarna* el valor, es decir, *actúa* en su nombre (“hombre” es la perspectiva de lo humano de un cierto grupo y está cargado de marcas particulares). No hay desacople porque el valor es vacío, y puede por lo tanto estar “llenado” legítimamente por esas acciones. Así, la axiología se presenta como universalmente válida y neutral, pero *en realidad* implica una lógica del conflicto: se trata de una lucha por imponer cuál *perspectiva particular* ocupará el lugar universal.

¹ Dotti, Jorge, “Notas complementarias” en *Deus Mortalis. Cuaderno de filosofía política*, N° 10, 2011-2012, p. 427.

² Dotti, Jorge, “Filioque. Una tenaz apología de la mediación teológica-política” en Schmitt, Carl, *La tiranía de los valores*, Buenos Aires, Hydra, 2009, p. 46.



Pero la cuestión no termina allí. Que se pueda defender *cualquier* interés particular en nombre de un valor universal es el primer aspecto de la cuestión, la primera capa de la cebolla de cinismo de la organización política contemporánea. El problema central es que se trata de una lógica que lleva a una *escalada* irrefrenable del conflicto, cuyo destino ineluctable –dentro de esta lógica– es la destrucción total. Porque si es cierto que *cualquier* acción encarna el universal, lo mismo es cierto para cualquier otra: *valen* lo mismo, y no hay criterio para dirimir los conflictos. La lógica de los valores –veremos– es la misma de la mercancía: su intercambiabilidad exige la equidad y, recíprocamente, la equidad habilita la intercambiabilidad, al mismo tiempo que ésta implica una situación de competencia entre los valores en juego. En la axiología, sin embargo, los conflictos son necesariamente cruciales, ya que lo que está en disputa son “valores supremos”. De allí la escalada hasta la destrucción total, pues “contra quien pone en peligro los valores supremos, *vale todo*”.³ Ante lo candente, impostergable y definitorio de la cuestión en disputa, cada facción *debe* sostener su posición “del modo que fuere”. Pero, *en realidad*, lo que está imponiendo “del modo que fuere” son sus propios intereses. Al mismo tiempo, dado que el valor predilecto y el indiscutible por excelencia es el *humanismo*, cada facción encarna lo humano y la que se le enfrenta es “inhumana” y debe ser tratada como tal: inhumanamente. El enemigo no es un rival coyuntural, sino que se presenta como el “no valor” (encarnando la popular mala comprensión de la distinción amigo-enemigo): “a diferencia de lo que es propio de la *enemistad política* en sentido schmittiano, el enemigo axiológico no es merecedor de otro tratamiento que la discriminación, criminalización y exterminio [...]. El *otro* es inhumano y debe ser removido, no importa cómo”.⁴

La propuesta de Dotti es algo nihilista: la única solución es una estatalidad con un fundamento trascendente (“soberanía leviatánica”),⁵ pero ésta no tiene posibilidad alguna de actualizarse: ha fenecido. El Estado ha muerto. El capitalismo ha triunfado. Dotti no

³ *Ibíd.*, p. 71.

⁴ *Ibíd.*, p. 82.

⁵ *Ibíd.*, p. 57.

parece compartir el optimismo que le atribuye a Schmitt: que la eticidad idealista “todavía podría ser una fuerza ideológico-práctica [...] en pleno imperio del inmanentismo”.⁶ Dotti se posiciona en cambio en una encrucijada sin salida. Su defensa de la soberanía trascendente como *única* forma de lo político es categórica. Lo que no es teológico-político no es político *tout court*. Sin soberanía trascendente no hay Estado, sino sociedad-civil: “el intercambio capitalista con su lógica dineraria y el espacio público no estatal con su pluralismo doxológico”.⁷ Sin representación que medie entre él y sus semejantes, el ser humano cae en las garras del capitalismo. Pero esta representación no puede ser débil (fundada en el sufragio) sino fuerte (teológico-política), ya que la representación débil también está sometida a la lógica del intercambio y de los valores. La posibilidad de la única solución viable (soberanía fuerte) es señalada una y otra vez como quimérica, mientras Dotti va enlazando con un nudo argumentativo de hierro todas las alternativas: totalitarismo, liberalismo, marxismo, democracia, populismo. Se trata de diferentes estadios o vertientes de la lógica economicista.

Dotti eslabona con cuidado la complicidad de pensamientos en principio heterogéneos para una misma imagen del mundo. El eje de este trabajo argumental es la figura de Karl Marx. El valor, tal como se desarrolla y expone en la primera parte de *El Capital*, y el valor de la axiología, son puestos sobre el mismo plano. Así, todo se torna económico (“la modernidad comienza con una primacía de lo político y concluye con su sometimiento a lo económico”).⁸ El triunfo del capitalismo y el de la teoría de los valores van de la mano. Evidentemente, Dotti no equipara la teoría marxista a la economía clásica y sus “robinsonadas”. Destaca, en cambio, que la supuesta “igualdad” que la teoría del valor establece entre heterogéneos es una *apariencia* de una relación esencial de *sometimiento* –de impronta hegeliana–. Falsa igualdad, falsa equivalencia, falsa democracia, que se observa en el dinero que “se sobreimpone verticalmente a quienes lo han generado”.⁹ Sin embargo, este juego hegeliano-marxista entre la *apariencia* de la igualdad del valor y su

⁶ Dotti, Jorge, “Notas complementarias”, *op. cit.*, p. 352.

⁷ Dotti, Jorge, “Filioque”, *op. cit.*, p. 42.

⁸ *Ibíd.*, p. 30.

⁹ *Ibíd.*, p. 27.



El poder que surge “de abajo hacia arriba” se revela así como *esencialmente* tiránico, justamente porque es una particularidad que rompe con la horizontalidad para imponerse sobre sus –aparentemente– iguales

esencia despótica, lejos de “salvar” a Marx del nudo de serpientes que Dotti está tramando, es lo que lo anuda a él. Dotti muestra que la lucha contra el capitalismo responde a la misma lógica que el capitalismo que intenta combatir: “Marx no pone en discusión la lógica del valor”.¹⁰ La lógica de la sociedad liberal (donde la soberanía la tiene el desarrollo capitalista) y la marxista es la misma, en tanto ninguna es política, es decir, ninguna evita que el conflicto alcance una conflictividad extrema. La revolución proletaria, en efecto, implica una necesaria lógica de la guerra total (“justifica que el proletario aniquile a la burguesía explotadora y acabe con la forma última y más perfeccionada de la explotación”).¹¹ Por ello la lógica sigue siendo economicista, *en sentido metafísico*, es decir, fundada en *el valor*: se trata de imponer un valor como el valor de los valores. Sea el dinero o el proletario, en ambos casos se trata de verticalidades que emergen de la horizontalidad, es decir, de particularidades que se ponen por encima de las otras, y por lo tanto son esencialmente tiránicas. El poder que surge “de abajo hacia arriba” se revela así como *esencialmente tiránico*, justamente porque es una particularidad que rompe con la horizontalidad para imponerse sobre sus –aparentemente– iguales (de allí la crítica dottiana al populismo y su “apariencia de una férrea unidad bajo un liderazgo mesiánico”). No es así extraño que la misma lógica rijan al totalitarismo marxista que “avasalla las esferas privadas” –se trata del valor del proletariado como encarnación de la “esencia natural humana” que debe ser impuesto “del modo que fuere”. La democracia, finalmente, sigue la misma lógica: “todos los sujetos están igualmente autorizados a imponer valor, sin límites heterónomos a la evaluación subjetiva”.¹² Un Estado pluralista está siempre en riesgo de estallar por su conflictividad y competencia interna.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 34.

¹¹ *Ibíd.*, p. 67.

¹² *Ibíd.*, p. 73.

En todos los casos mencionados, *aparentemente en conflicto* (totalitarismo, liberalismo, marxismo, democracia, populismo), la complicidad metafísica es puesta en evidencia por Dotti. La conflictividad que surge entre los valores (y la amenaza de “no valer” si no se hacen efectivos) es irrefrenable, y tiende a escalar. *A menos que haya una instancia decisoria en el momento de crisis*, es decir, *que esté establecido “quién juzga”*. Valores en pugna, inmanencia, horizontalidad: tales son los rasgos de lo económico, que pervive entre las diferentes (e “isomorfas”) formas de gobierno contemporáneas. La alternativa política es un poder decisorio, último, que evite la guerra total: un Estado monista que garantice la coexistencia pacífica de las pluralidades en su seno. La norma estatal no puede entrar en una lógica economicista que nos lleve a obedecerla *sólo si* juzgamos (nosotros, Robinson, en nuestra interioridad) que esa norma *vale más* que otros compromisos en conflicto horizontal. Si esto sucediera, la rienda de la lógica de la competencia quedaría suelta y el conflicto no se resolvería más que por una guerra total (= aniquilación).

Éstas son las ideas que más fuertemente me impactaron de dos textos de Jorge Dotti relativamente marginales: su prefacio (“*Filio-que*”) a la traducción de *La tiranía de los valores* de Carl Schmitt publicada en 2009 por Hydra y sus “«Notas complementarias», a «Ética del estado y estado pluralista» de Carl Schmitt”, publicadas en el número 10 de *Deus Mortalis* (2011-2012). Textos marginales: un prefacio y un conjunto de notas (¡qué rótulos engañosos, qué máscara para construir, en un ejercicio de estilo filosófico, una obra –actual y urgente– de filosofía política –de un modo acorde con la modestia y la humildad de Dotti–!). Ambos están plagados de referencias y conceptos cruzados y pueden leerse como una de las expresiones más acabadas de la voz propia de Dotti (que por momentos se escucha clara y nítida mientras hace como si sólo comentara a su querido Schmitt).

Fueron dos textos que, en el momento de su publicación, provocaron en mí la *urgencia* de escribir, de replicar. Había que pensar, y pensar ya, porque de eso *trataba la cosa, hoy, en la actualidad, con absoluta vigencia* (“se trata de un problema teológico-político fundamental, desde entonces y todavía –sobre todo– *hoy* significativo e importante”;¹³ “conflictos que, con transmutaciones y modifica-

¹³ *Ibid.*, p. 47. Subrayado en el original.



JORGE DOTTI,
in memoriam

ciones, mantienen vigencia *en la actualidad*).¹⁴ Uno me llevó a un intercambio de correos electrónicos, el otro al honor de publicar mi réplica en el número siguiente de *Deus Mortalis*. Replicar, tratar de reivindicar una soberanía popular donde la democracia no encarne una suma de robinsones sino un conjunto de fuerzas emancipatorias que permitan vivificar un Estado metafísicamente pluralista *pero* de efectos distintamente soberanos: he aquí la ley, para todos, por igual, desmantelando las bandas de ladrones que persisten en ser los dueños de nuestras tierras. Tanto lo extrañaré a Dotti, entre tantas y tantas cosas, por esa generosidad, por esa apertura a tomar como un halago el debate de ideas –y la humildad con la que recibía mi entusiasmo. Los textos seguirán con nosotros, para seguir discutiendo y pensando juntos. Pero no estará su cálida respuesta. La alegría (“*nota bene!*”) de que algo tuyo pueda resultarme sugestivo.

Además de los intercambios en torno a los dos textos que aquí comento, quiero señalar para concluir algunos recuerdos más que acompañan mi duelo y pesar por su temprana y cruel partida: primero, esas dos encrucijadas de mi vida donde conté con su consejo como uno de los fundamentales –la primera vez en un aula de Puán después de una fecha flaca de finales, la otra en el *Gato negro* de avenida Corrientes–. Y luego, el día en el que lo conocí, cargado de expectativas por los elogios de mi viejo que conocía algunos de sus escritos, en aquel teórico de filosofía política del año –creo– 1997, un curso donde Jorge Dotti, con toda naturalidad, dedicó la principal parte del semestre a exponer detalladamente la *Ciencia de la lógica*, y un puñado de clases a la *Filosofía del derecho* de Hegel. Extraordinaria lección –hay que conocer bien la ontología para comprender la filosofía política de un gran autor–, como lo era también la apasionada y atenta lectura en vivo de los textos: así se hace, se vive y se enseña la filosofía.

Te extrañaré, Jorge, y lamento tantísimo tu partida, y trataré de estar a la altura de tu llamado a “estudiar filosóficamente filosofía” y tu lección fundamental: la metafísica es política y no hay política sin metafísica.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 48. Subrayado en el original.